

EL MOTÍN

Año XLIV

Madrid, Sábado 9 de Agosto de 1924.

Número 32.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre..	1,50 Ptas.	Año.....	10,00 Ptas.
Semestre..	3,00 »	CORRESPONSALES	
Año.....	5,00 »	25 números, 1,50 Ptas	
PROVINCIAS		El pago de las suscrip- ciones es adelantado.	
Trimestre..	1,50 Ptas.	Número suelto, 10 cts	
Semestre..	3,00 »		
Año.....	5,00 »		

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Alberto Aguilera, núm. 52.-MADRID.

De jueves á jueves

El Presidente del Directorio sigue su viaje por el norte. Regresará el día 7, así como el Rey.

El general Primo de Rivera, según noticias que envía á sus compañeros de Directorio, muéstrase muy satisfecho.

Han subido de precio el pan y el aceite.

Ha habido un atraco con muerte del atracado en Sevilla.

Ha habido otro atraco en Barcelona. Dos malhechores han asaltado el expreso de Cartagena.

En los tres casos han sido detenidos los culpables.

La licencia absoluta

¿Por qué el contento se refleja tan vivamente en el rostro del soldado? ¿Acata de vencer á un enemigo de su patria? ¿De salvarse de algún peligro? ¿De oír su nombre citado en la orden de la plaza por acción honrosa ó sacrificio heroico? No; es que piensa en que al día siguiente le darán la licencia absoluta.

Se necesita haber vivido sujeto al régimen militar para comprender que no hay sueño de amor realizado, ni cálculo de ambición satisfecho, ni fantasma de pena desvanecido, que produzca tanta alegría como la posesión de ese pliego de papel que recibe el soldado al cumplir su compromiso, y que parece gritarle por cada una de sus letras: «ya eres libre».

¡Ser libre! Ajustar las acciones á la medida de la voluntad; no tener al cabo por límite ni á la corneta por tira no; ir, venir, moverse sin consultar á cada instante el minuterio del reloj... Y luego mil pequeños detalles: vestirse de este modo, andar del otro; mandar en su individuo, en suma. ¡Qué mayor felicidad!

Pensando en todo esto se acuesta el soldado la víspera del gran día, después de desechar la idea de escribir á su familia avisándole su llegada. ¿Para qué? ¿Hay nada más grato que el placer de la sorpresa?

Llegar sudoroso y jadeante al collar que domina el pueblo cuando las sombras comienzan á confundir los contornos de los edificios, y descubrir vagamente la casa en que nació y donde su madre le aguarda impaciente todas las horas de todos los días...

Esperar á que anochezca del todo para cruzar el pueblo sin que nadie pueda robarle á su madre las primicias de sus abrazos...

Llamar á la puerta de su casa con pulso tembloroso y voz entrecortada, y oír un «¡hijo mío!» que le responde, y verse sujeto fuertemente entre los brazos que le estrecharon de niño y mojado por lágrimas benditas...

Entrar en esto su padre que viene del campo, y sentir en su rostro el roce de unos labios ásperos y curtidos por el sol y el aire, aunque llenos de ternura y amor, mientras sus hermanas, que dejó pequeñas, se disputan sus caricias.

Ver llegar más tarde á la que juró amarle en su ausencia y en quien tantas veces pensó con el fusil al brazo frente al enemigo, y estrechar su mano y mirarse en sus ojos, sin que ninguno de los dos acierte á decirse nada, de tanto como se han dicho mentalmente en interminables años de separación...

Correr la vez por el pueblo, y acudir todos sus vecinos á visitarle; y llover preguntas, y recordar sucesos de la infancia; y hacerle referir lo que ha visto, y sus «campanas», y los trabajos sufridos, y admirarse de su valor, que

atestiguan tres cruces rojas del Mérito Militar.

Y en estas pláticas, á cada paso interrumpidas y nunca terminadas, pasarse la mayor parte de la noche, hasta que su madre, que desea verle descansar, consigue que los visitantes vayan desfilando poco á poco...

¡Oh, que nada hay comparable á esto! Y pensando en esto se duerme el soldado la víspera del día en que ha de recibir su licencia absoluta.

.....
Dos horas hace ya que ha despertado, y el toque de día á no llega á sus oídos. ¿Qué sucederá? ¿Acaso son eternas las noches que preceden á los días felices? Por fin lo escucha.

No se levantaría el Justo más aprisa de su sepulcro al resonar la trompeta del juicio final si tal juicio hubiera, que el soldado al oír aquel toque que tantas veces interrumpió su sueño. ¡Qué hermoso es y cómo regocija el ánimo! ¡Y no haberse fijado en ello hasta aquel día, el último!

Las horas que le separan de la señalada para recibir su licencia, las emplea en despedirse de sus compañeros, que le miran con envidia, y en comprar algunos efectos de poco valor, para que su madre y su novia vean que nunca las olvidó.

Llega, por fin, el momento ansiado, y entra en el despacho de su jefe, que le entrega aquel pedazo de papel. Al leerlo, sabe que ha sido valiente y honrado, y se yergue envanecido, cual si nunca, hasta entonces, le hubiera dado importancia á lo que consideró siempre como el cumplimiento de un deber.

Mete la licencia en el canuto de lata que pende de la ancha cinta de vistosos colores, regalo de su amada de guarnición, y se lo coloca á guisa de bandolera sobre el pecho, cuidando de que no le tape las cruces que ostenta en el lado izquierdo, y así se pasea orgulloso por las calles de la capital.

La hora de partir se aproxima; corre á la estación y á poco el tren emprende su marcha. Queriendo convenirse de que se aleja en alas de la libertad, asómase á la ventanilla del coche y ve con alegría perderse la población entre las nieblas de la tarde.

De pronto su mirada se fija insistente en una oscura silueta que cerna á lo lejos el horizonte, y lanza un suspiro que el viento se lleva, y enjógase una lágrima que rueda por su tostada mejilla.

La silueta aquella es la del cuartel

donde pasó los mejores años de su vida, y donde quedan revoloteando las invisibles imágenes de los mágicos sueños de su juventud.

JOSE NAKENS

1886

Cine clerical

HAZ BIEN Y...

—Desgracia y muy gorda, si señora. Como que aquel hijo era el sostén de su pobre madre.

—Si que ha sido un buen golpe para la infeliz.

—Como que está medio atontada, sin comer ni dormir, y sin cesar de llorar. Yo, la verdad, tengo miedo que aquella cabeza se destornille.

—Dios la dará fue zis para sobreliar el golpe. Pero, ¿cómo demonios ese chico fué a parar á aquella iglesia, si él es electricista de teatros?

—Pues mire usted, sñá Fulgencia, las cosas que el destino ó la Providencia tienen dispuestas. Había que arreglar el altar de la Virgen del Carmen, que ya sabe usted el lujo con que lo ponen todos los años y ¡zai!, la víspira se pone enfermo el señor Dimas que es el que le arregla á las monjas todas estas cosas de la luz, y él les recomendó que llamaran al Colás que es electricista de *cabaretes*, un poco ligero de cascos, y bastante incrédulo según dicen; pues, hija, no hizo más que poner las manos en la corona de la Virgen para colocar unas bombillas pequeñas de colores, cuando se torció la escalera, cayó á tierra, y se dió tal golpe con un candelabro, que se quedó en el sitio. Echaba la sangre como un carnero.

—¡Jesús! Con esa maldita costumbre de adornar las iglesias como teatros... ¿A quién se le ocurre ponerle á la Virgen bombillas en la cabeza?

—Pues en todas las partes lo hacen. El año pasado las monjas de Santa Irene pusieron en el fondo del camarín un telón que subía y bajaba figurando las almas del Purgatorio que saca la Virgen todos los sábados.

—¿Y el obispo y los curas toleran estos abusos? Vamos, que á este paso, del teatro á la iglesia no habrá ninguna diferencia.

—Lo peor es que dicen que tendrán que reconciliar la iglesia porque se profanó con la sangre vertida. Pero el capellán dice que como fué sangre de un obrero y por un accidente del tra bajo, que no habrá necesidad. Además, alguien dice que estaba algo bebido y que era un herejote que se burlaba de todo. Ya ve usted, dicen que estaba silbando cuando se cayó. ¡Silbar delante de la Virgen! ¡No podía ser un castigo del cielo!...

—¿Y qué van á hacer ahora con esa

pobre madre? Porque tienen obligación de ayudarla y socorrerla.

—Las señoras de la Congregación dicen que no tienen el deber de ello, y que Colás no era el electricista del convento. Además era un republicano que leía periódicos milos, y echaba pestes de los curas.

—¿Y qué tiene que ver eso? Además, la religión nos encarga que se haga bien sin mirar á quien. Eso es lo cristiano, eso es lo religioso, eso es lo que manda Dios. Todo lo demás son hipotesias y mentiras.

—No tanto, no tanto. La señora Encarna ha encargado tres misas para él, que son cerca de tres duros.

—Buena sustancia darán en el puchero de la madre. Si no tiene más ayuda que esa...

—Pues hijo, peor sería nada.

F. G.



donde pasó los mejores años de su vida, y donde quedan revoloteando las invisibles imágenes de los mágicos sueños de su juventud.

—Desgracia y muy gorda, si señora. Como que aquel hijo era el sostén de su pobre madre.

—Si que ha sido un buen golpe para la infeliz.

—Como que está medio atontada, sin comer ni dormir, y sin cesar de llorar. Yo, la verdad, tengo miedo que aquella cabeza se destornille.

—Dios la dará fue zis para sobreliar el golpe. Pero, ¿cómo demonios ese chico fué a parar á aquella iglesia, si él es electricista de teatros?

—Pues mire usted, sñá Fulgencia, las cosas que el destino ó la Providencia tienen dispuestas. Había que arreglar el altar de la Virgen del Carmen, que ya sabe usted el lujo con que lo ponen todos los años y ¡zai!, la víspira se pone enfermo el señor Dimas que es el que le arregla á las monjas todas estas cosas de la luz, y él les recomendó que llamaran al Colás que es electricista de *cabaretes*, un poco ligero de cascos, y bastante incrédulo según dicen; pues, hija, no hizo más que poner las manos en la corona de la Virgen para colocar unas bombillas pequeñas de colores, cuando se torció la escalera, cayó á tierra, y se dió tal golpe con un candelabro, que se quedó en el sitio. Echaba la sangre como un carnero.

—¡Jesús! Con esa maldita costumbre de adornar las iglesias como teatros... ¿A quién se le ocurre ponerle á la Virgen bombillas en la cabeza?

—Pues en todas las partes lo hacen. El año pasado las monjas de Santa Irene pusieron en el fondo del camarín un telón que subía y bajaba figurando las almas del Purgatorio que saca la Virgen todos los sábados.

—¿Y el obispo y los curas toleran estos abusos? Vamos, que á este paso, del teatro á la iglesia no habrá ninguna diferencia.

—Lo peor es que dicen que tendrán que reconciliar la iglesia porque se profanó con la sangre vertida. Pero el capellán dice que como fué sangre de un obrero y por un accidente del tra bajo, que no habrá necesidad. Además, alguien dice que estaba algo bebido y que era un herejote que se burlaba de todo. Ya ve usted, dicen que estaba silbando cuando se cayó. ¡Silbar delante de la Virgen! ¡No podía ser un castigo del cielo!...

—¿Y qué van á hacer ahora con esa

donde pasó los mejores años de su vida, y donde quedan revoloteando las invisibles imágenes de los mágicos sueños de su juventud.

—Desgracia y muy gorda, si señora. Como que aquel hijo era el sostén de su pobre madre.

—Si que ha sido un buen golpe para la infeliz.

—Como que está medio atontada, sin comer ni dormir, y sin cesar de llorar. Yo, la verdad, tengo miedo que aquella cabeza se destornille.

—Dios la dará fue zis para sobreliar el golpe. Pero, ¿cómo demonios ese chico fué a parar á aquella iglesia, si él es electricista de teatros?

—Pues mire usted, sñá Fulgencia, las cosas que el destino ó la Providencia tienen dispuestas. Había que arreglar el altar de la Virgen del Carmen, que ya sabe usted el lujo con que lo ponen todos los años y ¡zai!, la víspira se pone enfermo el señor Dimas que es el que le arregla á las monjas todas estas cosas de la luz, y él les recomendó que llamaran al Colás que es electricista de *cabaretes*, un poco ligero de cascos, y bastante incrédulo según dicen; pues, hija, no hizo más que poner las manos en la corona de la Virgen para colocar unas bombillas pequeñas de colores, cuando se torció la escalera, cayó á tierra, y se dió tal golpe con un candelabro, que se quedó en el sitio. Echaba la sangre como un carnero.

—¡Jesús! Con esa maldita costumbre de adornar las iglesias como teatros... ¿A quién se le ocurre ponerle á la Virgen bombillas en la cabeza?

—Pues en todas las partes lo hacen. El año pasado las monjas de Santa Irene pusieron en el fondo del camarín un telón que subía y bajaba figurando las almas del Purgatorio que saca la Virgen todos los sábados.

—¿Y el obispo y los curas toleran estos abusos? Vamos, que á este paso, del teatro á la iglesia no habrá ninguna diferencia.

—Lo peor es que dicen que tendrán que reconciliar la iglesia porque se profanó con la sangre vertida. Pero el capellán dice que como fué sangre de un obrero y por un accidente del tra bajo, que no habrá necesidad. Además, alguien dice que estaba algo bebido y que era un herejote que se burlaba de todo. Ya ve usted, dicen que estaba silbando cuando se cayó. ¡Silbar delante de la Virgen! ¡No podía ser un castigo del cielo!...

—¿Y qué van á hacer ahora con esa

de ellos y á su servicio, unos viejos criados. La señora estaba próxima á dar á luz, y el día que se le ocurrió hacerlo fué con tal premura, que no daba lugar á ir por el médico, que habitaba en un lejano cortijo.

El esposo y los criados estaban preocupados. ¿Qué iba á ocurrir? ¿Daría á luz con felicidad? La vieja criada propuso un remedio efficacísimo, que en seguida fué admitido por todos: poner sobre el vientre de la parturienta una imagen de la Santísima Virgen María; y á este objeto se dirigió ella á una vieja y apollillada consola, y en uno de sus enormes cajones lleno de rosarios, estampas de santos y retratos de toreros, se puso á buscar el de la santa Virgen; dió con él y corriendo fué á posérselo como cataplasma en el vientre á la parturienta; ésta, que ya no podía contenerse más, soltó con toda felicidad un rollizo nene, y la vieja, con él en los brazos, clamaba rebotante de alegría y reconocimiento:

— ¡La Virgen ha hecho el milagro!, ¡gracias, Virgencita, gracias!

Pero al retirar la estampa vieron estupefactos que, por equivocación, lo que había colocado á la paciente fué un retrato de Lagartij, que perfilado, con la muleta en la izquierda, y el estoque en la derecha, disponíase á matar...

JOAQUIN PIÑOL

Producción nacional

Toda nación se envanece de que adquieran precio y fama sus productos, y que de ellos sea grande la demanda.

De lo que al mercado aporta se precia cada comarca, y como título honoroso por sus hijos se proclama. Cifran su gloria en sus vinos los de Jerez y de Málaga, Sevilla en sus aceitunas, y Valencia en sus naranjas. Burgos ostenta sus quesos, Astorga sus mantedadas, Vich su salchichón, y etcétera, pues fuera la lista larga.

Digo esto como disculpa al orgullo que me causa el nuevo ramo que aumenta la exportación en mi patria.

No son ya sólo carneros merinos de fina lana, ó caballos cordobeses de elegante y bella estampa lo que el mundo nos envidia y e gusto busca en España, sino que vienen pedidos de curas de pura raza.

De Méjico fué el primero, donde, según una carta, como quinientas cabezas de presbítero hacen falta. No po: que allá no haya curas pues que sobran á Dios gracias,

si no por ver si los nuestros logran mejorar la casta; (la sacerdotal, se entiende, no haga el demonio que vayan á suponerse ofendidas las devotas mejicanas.) Ignórase si la nota en que el arzobispo encarga la adquisición y el envío de la clerical manada, especifica los méritos, servicios y circunstancias que han de concurrir en cuantos se decidan á formarla; pero exija lo que quiera servido será sin tasa, que es el surtido completo, dicho sea sin jactancia. Llevarse puede por tanto los que le diere la gana con sólo pagar el flete; vea si es floja la gana. Pero ¿en qué pienso? Mi gozo no deja al cálculo entrada. ¿Qué será El Motin sin clérigos mas que una fuente sin agua?

¿Cómo su piedad sincera podrá ver con fría calma huérfano tanto sobrino y en la viudez tantas amas?

¿En qué ocuparé la pluma, á describir consagrada sus belicosas empresas y sus amorosas ansias?

Mas no importa; el patriotismo exportar curas nos manda, si de fuerza productiva ha de hacer el país gala. Siga, pues, la verdadera liquidación de sotanas.

¡Aquí, á elegir, y de balde!

¿Quién quiere más, que se acaban?

1889

JOSÉ NAKENS

¡Si yo fuese cura!...

¡Cuántas veces, arrastrado por el torbellino de una existencia ruda y fatigosa, con un pasado triste, un presente equivoco y un porvenir incierto, cansado de luchar y sin fuerzas para resistir, rendido, desanimado; cuántas veces, repito, he dado al viento esta frase con la angustia de la esperanza muerta: ¡Si yo fuese cura!

Nunca fui envidioso, por impedirme la alta idea que de mí tengo, mas lo declaro ingenuamente: al contemplar por esas calles á los siervos de Dios, gordos como quien no tiene cuidados y tranquiños como quien para nada se preocupa del mañana, siento en mí algo que si no es envidia se le parece mucho, y llevo hasta encontrar elegante su desairado traje y distinguida su vulgar fisonomía.

¡Ah! Si se naciera dos veces, y la segunda con la experiencia adquirida en la primera, cura y sólo cura sería yo.

Terminada la carrera, para la que no se requieren grandes aptitudes,

UN MILAGRO

No recuerdo cuando ni dónde, amigo lector, me refirieron este cuento que tiene sus ribetes de filosofía.

Hace tiempo, en un apartado cortijo de Andalucía, vivían los dueños de éste, recién casados, y en compañía

habría procurado conseguir el curato de un pueblo con monte y río, cielo alegre y aires puros, apartado de las grandes vías de comunicación lo bastante para no verme molesto á menudo con visitas pastorales, y no tan lejos de una ciudad populosa que me impidiera ir á echar una canita al aire de vez en cuando.

Me levantaría con el alba, higiénica costumbre que siempre tuve, y saldría al huerto de la casa cuando el tiempo lo permitiese, á respirar el aura embalsamada, ora con el aroma de las primeras flores, ora con el de los primeros frutos, recreando á la vez mi vista en la contemplación, según las épocas, del almendro, el cerezo ó el granado en flor, en el momento de iluminar su follaje el primer beso que el sol les diera al desprenderse de los brazos de la casta aurora.

Después, y á eso de las ocho en verano y á las nueve en invierno, me trasladaría al templo, situado á pocos pasos, para decir misa á los fieles y exhortarles á la práctica de todas las virtudes que no estuviesen reñidas con mi influencia y bienestar, y me retiraría luego á mi casita, donde ya me tendría preparado un sano almuerzo la graciosa joven dedicada á mi cuidado, el que me serviría con movimientos de cervatilla y gorjeos de alondra.

Aparte los días que, escopeta al hombro, saliera por aquellos cerros en demanda del conejo, la perdiz, la codorniz, la chocha y otros animalitos creados expresamente para distracción y alimento del hombre, dormiría al terminar el reparador almuerzo una siesta de un par de horas, á fin de encontrarme ágil y bien templado para las visitas que haría á mis feligreses antes de dar un higiénico paseo.

Algunas noches iría un rato de tertulia á casa del boticario ó del alcalde, pero las más vendrían ellos á la misa; y hoy jugando al tresillo, mañana haciendo una ligera colación, pasado oyendo algo de música, aguardaría á las diez y media ó las once, hora en que invariablemente me recogería.

Para las faenas un tanto molestas del oficio, rezar rosarios improductivos, celebrar novenas baratas, administrar el bautismo, el viático y la extremaunción á los pobres, tendría un economo de alguna edad, que no pudiera en ningún caso desbaratarme plan alguno, y al que encomendaría también la lidia de las beatas andrajosas y viejas, que son las que más dan que hacer en el confesonario, sin provecho ninguno para el olfato ni para el bolsillo.

En los días que dedicara á la confesión, mi trabajo aumentaría un poco, mas lo llevaría con paciencia por las ventajas que el acto me traería. Por saber lo que cada cual hacía en el pueblo, y lo que deseaba y lo que pensaba, sufriría con gusto aquella pequeña molestia.

Esto de la confesión, sin embargo, me habría preocupado un poco. Tener allí, á mis pies, arrodillada una mujer hermosa, percibiendo las notas más apagadas de su aliento entre los sollozos y suspiros por la revelación de toda culpa arranca; excitara á entrar en detalles íntimos para poder apreciar la intensidad de la culpa y aplicarle la penitencia sin lenidad, pero también sin exceso; todo esto, lo repito, me habría preocupado un poco. Mas no estando en mi mano variar la flaca naturaleza humana, procuraría no caer diariamente más que las siete veces que se le conceden al justo, y con esto acalearía los escrúpulos de mi quisquillosa conciencia.

Si la hermosa compañera de mi soledad, por rendir tributo á la ley de la procreación tuviese algún amoroso descuido, yo, haciendo uso de la facultad de perdonar los pecados que me fué conferida en la ordenación, derramaría sobre su llagado pecho el bálsamo del consuelo, y sus hijos parecerían también míos por el cariño y solicitud con que los atendería.

Y como entonces no se hubiera publicado EL MOTIN, viviría feliz y satisfecho haciendo alguna que otra obra de caridad, para que los hombres pudieran decir con razón que les ayudaba, las mujeres que las consolaba, y los niños me dieran el dulce nombre de padre.

Y de este modo vería llegar sin sobresaltos mi última hora, bendiciendo á la Providencia por haberme inspirado la idea de cantar misa para sustraerme á la condena terrible de trabajo forzado fulminada en el Paraíso contra el hombre, sin que el ser cura me hubiera impedido gozar de ninguno de los placeres que nacieron de la simpática, hermosa y necesaria primera desobediencia.

Y cuando mi última hora llegase, ¡con qué beatífica sonrisa me despidiría de los inocentes que me habían dado dinero contante y sonante á cambio de letras de cambio sobre el Purgatorio, y cómo bendeciría la hora en que se me ocurrió acogerme á sagrado! Con seguridad que si algún ser querido, del mismo sexo que yo, estaba en aquel instante cercano á mi lecho, esta sería la última recomendación que le hiciese, con voz ya vacilante y apagada: «¡Haz... te... cu... ral...! Cu... ral...»

JOSÉ NAKENS

1895

MONERIAS

Un cura había recibido de uno de sus amigos, misionero en el Brasil, un macaco de regalo, animalito que despertaba admiración por su inteligencia: servía para todo, todo lo aprendía, y á todos imitaba.

El día de la fiesta del patrono de la

localidad, el obispo honró el presbitero con su ilustre presencia, y el cura se apresuró á hacerle ver al inteligente macaco.

—Verá Su Eminencia cómo me imita en todo. ¿No ve cómo se pone mi sobrepelliz y mi bonete? Luego le verá arrodillarse y fingir que murmura unas plegarias.

—De veras que es interesante. ¡Y qué penetración! ¡Que acierto en sus movimientos! Hace exactamente lo que usted, señor cura.

—Mire usted cómo se sienta ahora á la mesa, y como, antes de comer, se persigna.

—¡Pero si parece increíble! —Todo, todo lo hace lo mismo que yo. Antes de comer la sopa toma un trago de vino. Mírela usted.

—¡Se le tomaría por un ser humano! —Lo que he dicho á Su Eminencia; me imita admirablemente.

En esto entra la criada del cura con la sopera. El mono la coge por las dos orejas y le estampa en él pescuezo un sonoro beso.

El obispo se queda estupefacto y mirando al cura, le pregunta:

—¿Y eso... de qué lo ha aprendido?

El cura balbucea, y el obispo se sonríe, pensando á la vez en que él no tendría jamás en su palacio un mono de aquella especie.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Juan García, Salobreña, 13 pesetas; Juan López Romero, Cortegana, 1; Emilio Rodríguez, Marguá, 5.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Montearagón. Francisco Machuca, abono a su sueldo de 60 á fin En. r. 1914.

Yébenes. Santos González, 11. á fin Diciembre 1914.

Salobreña. Juan García, 11. á fin Diciembre 1914.

Barco de Valdeorras. Eduardo Martínez, recibido su giro de 50 pesetas, conforme.

Cortegana. —Vicente Roldán, id. de 43; conforme.

Manuel. J. sé Ruiz, 11. de 2; conforme.

Gijón. Félix López, 11. de 45 a su cargo.

Montijo. —Francisco Zambrano, id. de 240; conforme.

"El libro de la muerte"

Consuelo para la vida

FOR EL PRESBITERO

Don Ramón Sarmiento

PRECIO: TRES PESETAS

FRANCO DE PORTE Y CERTIFICADO

Imp. Juan Pérez. — Pasaje de Valdecilla. 2. — Madrid.